

de que las cedieran al Gobierno, el cual se proponía formar con ellas y con otros trofeos militares, un cuadro honorífico, timbre de orgullo del ejército de Oriente, y que transmitiera á la posteridad el recuerdo memorable de las batallas de Acultzingo y Puebla.

Los generales Berriozábal y Negrete expidieron á la vez entusiasmas y patrióticas proclamas, saludando á sus tropas y excitándolas para continuar la lucha: el segundo de dichos jefes y su compañero de armas el General O'Horán, recibieron cada uno, de parte de Tafoada, fechada en la hacienda de los Alamos, una carta páfida, en que el traidor los invitaba para que se pasaran al campo de los invasores: la contestación fué muy enérgica y digna, tal cual dictaban el honor y el patriotismo.

Fracasadas las combinaciones acerca del ataque á Puebla, Laurencez, sin intentar ya ninguna operación ofensiva, decidió la retirada para su Cuartel general de Orizaba, empezándola el día 8 en los términos siguientes, referidos por un testigo presencial, que lo fué el Sr. D. Alejandro Ruiz, y quien la observó desde una de las torres de la Catedral:

"Las 4½ de la tarde.—Continúa el viaje de los trenes del enemigo en retirada sobre el camino de Amozoc: las columnas de infantería que estaban á derecha é izquierda descansando á los lados del camino, se fraccionan y entran en línea, interpolándose con los carros.

"Las 5.—Las baterías permanecen en la llanura que hay entre el camino y el cerro de Amalucan, apoyándose principalmente tras de las ruinas del "Rancho Caído," que está adelante de la Garita Nueva.

"Sobre la cordillera inferior del Tepozúchil, al lado meridional del camino, hay numerosa fuerza de infantería con sus correspondientes piezas de montaña; además un trozo de caballería. En la hacienda de los Alamos hay otra fuerza considerable de infantería.

"Han acabado de entrar los carros en la línea. La fuerza del Tepozúchil baja al camino de Amozoc. Tres ayudantes se desprenden del grupo, que parece ser del Estado Mayor. Dos fuertes columnas de infantería salen de la hacienda de los Alamos, y forman sobre el camino. Una descubierta de caballería forma la cabeza de la columna que marcha sobre el camino de Amozoc: en el centro se coloca la artillería: entra en seguida un grupo de cien caballos á retaguardia

de la artillería; finalmente, cierra la columna un cuerpo de infantería que desaparece entre las sinuosidades del camino, á cosa de 1,200 metros de la Garita de Amozoc.

"Puebla, Mayo 8 de 1862.—*Tápia.*"

El ejército francés se detuvo en Amozoc el 9 y el 10, cediendo Laurencez á las instancias de Almonte y de Saligny, para aguardar á Márquez; no habiendo llegado éste con sus chusmas, se les presentó un jefe reaccionario, dándoles la falsa noticia de que Zuloaga había celebrado un contrato con Juárez, por el cual aquel se ofrecía á neutralizar las fuerzas del tigre de Tacubaya, mientras permaneciera frente á Puebla el ejército francés; en consecuencia, continuó la retirada, verificándola el 11 en Tepeaca, el 12 en Acatzingo, el 13 en Quecholac, el 14 en el Palmar, y el 15 en la Cañada de Ixtapa.

Habiéndose dilatado un poco en su paso por las Cumbres, que se creyó estarían defendidas, y sólo se encontraban llenas de obstáculos para impedir el paso, la columna francesa pudo llegar el 16 á Acultzingo y el 17 á Orizaba.

Laurencez se detuvo en Tecamalucan, y ese mismo día 17 se le presentó en los puntos avanzados un emisario de Márquez: hé aquí lo que había acaecido, para cuyo conocimiento tenemos que hacer la siguiente digresión.

Derrotado Alatraste en Izúcar de Matamoros, esta ciudad fué designada para Cuartel general de los vencedores: éstos, en número regular, proclamaron á Almonte depositario del poder, ó sea Presidente interino. Zuloaga, *dizque* dimitió de este cargo, y Cobos quedó ejerciendo el mando en Jefe de las chusmas auxiliares de la traición. Liceaga fué nombrado Ministro de la Guerra, y el celeberrimo D. Leonardo Márquez, destituido de todo mando, quedó únicamente con el carácter de agregado; esta farsa la celebraron con pompa el 17 de Abril.

Hemos visto la completa abstención observada por los corifeos del núcleo de traidores existente en Matamoros, para auxiliar á los franceses en su ataque á Puebla. Arrangoiz la hace consistir: en la desconfianza que les inspiraron los procedimientos de los aliados para con el Gobierno de México al que reconocieron celebrando los preliminares de la Soledad; en el lenguaje marcadamente hostil á los

conservadores que usó en la Capital el Brigadier Milans del Bosch, al conducir el *ultimatum*;¹ en la tropelia cometida por los ingleses en contra de Miramón, reembarcándolo en Veracruz; y en el fusilamiento de Robles Pezuela, casi á la vista de los jefes aliados.

Nosotros, en nuestro carácter de narradores sinceros, asignamos á esa abstención, entre otras causas más ó menos poderosas, las siguientes: el desconcierto que se introdujo entre los jefes reaccionarios al saber el nombramiento de Almonte, apoyado por las bayonetas francesas, para ejercer el Poder Supremo; declaración que produjo en Zuloaga, que se juzgaba el representante legítimo de la nación, el enojo consiguiente y la convicción de que no le quedaba más recurso que renunciar; la política hábil de Doblado, invitando á Márquez y sus colegas para coadyuvar á la defensa común;² algo de pudor político ó sea repugnancia entre algunos jefes y oficiales de las fuerzas traidoras para unirse á los enemigos de la patria,

1 Milans del Bosch, Brigadier del ejército español, comisionado por el General Prim para conducir á México el *ultimatum* dirigido por los Comisarios al Gobierno mexicano, fué acusado de haber brindado en aquella Capital en un convite dado por el representante de Prusia á los enviados de las tres potencias (Francia, Inglaterra y España), á favor de la libertad universal bajo la forma republicana; acusación infundada que la suspicacia palaciega quiso emplear en contra de un individuo, cuyo manejo correcto excitó la simpatía de los liberales mexicanos, y acerca de cuya personalidad, decía el Conde de Reus:

....."Milans, por su carácter y por sus cualidades, se ha sabido captar el aprecio general en México; ha desvanecido con la lealtad y franqueza de su exposición, todas las acusaciones injustas que tanto daño hacían á la España, en el espíritu de la inmensa mayoría del pueblo mexicano; ha adquirido relaciones con muchos generales y hombres políticos de importancia de la República; restablecido la verdad, respecto al verdadero objeto que las potencias aliadas llevan á México, y coadyuvado poderosamente al pensamiento unánime que se proponen los aliados en esta cuestión....."

2 Hablando Vigil de este incidente, se expresa así:

"Mientras esto pasaba, el Ministro D. Manuel Doblado, con la mira de allegar el mayor número de elementos para resistir al invasor, escribía á Márquez, creyéndole todavía en Jefe del ejército reaccionario, invitándole á tomar parte en la defensa común. La contestación del último fué ofrecer á Doblado toda especie de seguridades para que fuese á hablar con Cobos, puesto que ya no tenía el mando; á consecuencia de esto, el Ministro envió en comisión á D. Plácido Arambures y D. Francisco Alfaro, para que arreglasen un avenimiento; pero no se pudo llegar á ningún resultado, pues parecía que los jefes conservadores insistían en sus antiguas pretensiones, y Márquez, por su parte, nunca vió en aquello más que un medio de ganar tiempo.

"Esto sucedía en los momentos en que los franceses eran rechazados de Puebla."

(México á través de los siglos, tomo V, pág. 542.)

sentimiento que se hizo público, deplorando primero, la violación de los preliminares de la Soledad y el paso de las Cumbres de Acultzingo, y celebrando después el triunfo de Puebla con brindis y otras demostraciones de regocijo, en las poblaciones de Chietla y Chiautla;¹ la duda acerca del giro que tomarían los acontecimientos; y la conducta reservada, sospechosa y equívoca de Márquez, el cual, despedido por su destitución y ofendido altamente en su orgullo militar, empezó á entenderse con Almonte, siendo el resultado de estas inteligencias su marcha hacia Orizaba, llevándose casi toda la fuerza con que contaban los reaccionarios mandados por Cobos; suceso que desconcertó á éstos, según se refiere y explica en la siguiente relación, que textualmente dice así:

"El viernes de Dolores, 11 de Abril de 1862, se tuvo noticia en esta ciudad (Atlixco) de la derrota completa que en Matamoros sufrió el General D. Miguel Cástulo Alatríste, y de que él mismo cayó prisionero en poder de los reaccionarios que lo atacaron.

"Tal noticia desmoralizó al Jefe político Castaño, que inmediatamente dispuso salir para Puebla con una insignificante fuerza de caballería é infantería que tenía, y con él se fueron el Lic. D. Pedro Ascué, juez de 1.^a instancia, y demás autoridades, dejando la población en completa acefalía.

"El Domingo de Ramos, día 13, á cosa de las siete de la mañana, se dejó ver una pequeña fuerza por el camino de Matamoros, avanzada de otra mayor que aún no se descubría. Ignacio Rodríguez, atlixqueño, que durante la guerra de los tres años había luchado siempre en contra de la reacción, era un jóven valiente, audaz, muy voluntarioso, pues muy pocas veces se unió á otros jefes caracterizados; hacía la guerra por su gusto y por su propia cuenta, y lo titulaban Coronel. Este Rodríguez, con cinco ó seis hombres de los suyos, salió á tirotear á la fuerza que se acercaba, los detuvo por mientras se les incorporó á aquellos el resto de fuerza que venía atrás, que por todos eran trescientos hombres de caballería, pertenecientes á la partida de Cobos; rechazaron á Rodríguez como era natural, y entraron á la población como á cosa de las diez del día.

"Acebál era un español que con los reaccionarios Montaña y otros

1 Así lo refirió Cobos en su Manifiesto publicado en la Habana.

casi establecidos en Matamoros, había hecho la guerra al Gobierno, y vino aquí con el objeto único de imponer un préstamo, como llamaban entonces á aquellos robos públicos; préstamo que hizo efectivo Acebál, y se volvió á Matamoros la tarde del mismo día, llevándose poco más de dos mil pesos.

“Se pasó la Semana Santa en acefalía y constante alarma.

“El lunes de Pascua, 21 de Abril, á las seis de la tarde entró una fuerza de caballería, cuyo número no pudo estimarse por haber entrado en diversos grupos, por distintas calles y casi ya de noche.

“La causa porque entraron así, fué que Ignacio Rodríguez, que permaneció en esta ciudad desde la marcha de Acebál, salió á tiro-tearlos con ocho ó diez hombres por la garita de Huaquechula, y los entretuvo dos horas antes de entrar en la población.

“Esta fuerza vino por disposición de José María Cobos, que con todos los reaccionarios que atacaron á Alatríste, se encontraba en Matamoros, y quien, aunque obrando siempre en nombre de Zuloaga, el hecho era que se había apoderado de la situación entre los reaccionarios, y los mandaba como jefe, habiéndose sobrepuesto al mismo D. Leonardo Márquez, así como á Taboada y otros muchos oficiales, restos del antiguo ejército reaccionario, que todos juntos se encontraban entonces en Matamoros; el mando de esta fuerza lo confió Cobos al General Domingo Herrán, como adicto á su persona y por lo mismo muy merecedor de sus confianzas, según se decía entre ellos mismos.

“Al día siguiente, la primera disposición de Domingo Herrán fué mandar reunir una junta de vecinos, para imponerles un “préstamo” de sesenta mil pesos para las atenciones de las circunstancias, según decía, y como un castigo á este pueblo tan enemigo del orden y de la buena causa que él representaba. Una junta menor procedió á la formación de una “derrama” entre los vecinos, la que, como no ascendía á la suma indicada por Herrán, él la reformó á su manera, y comenzó á hacer efectivo el cobro desde luego;

“No se limitó á estos recursos. Los soldados se introducían á las casas en busca de caballos y armas. Salían á las haciendas y pueblos inmediatos y se traían no sólo los caballos y armas que encontraban, más también mulas y burros, con cuanto más podían, para después hacer de esos objetos, aquí en los cuarteles, á la luz del día y entre ellos mismos, el comercio más escandaloso.

“A la vez tomaban hombres de leva aquí en la población, en los caminos, en los pueblos inmediatos y hasta de las haciendas se traían las cuadrillas enteras de peones que cogían de sus trabajos; algunas veces los dueños de las haciendas lograban les devolviesen algunos peones, mediante una cantidad en pesos como rescate, para que uno ó dos días después se los volvieran á coger; y muchas veces recibía Herrán el caballo ó armas que pedía por un peón, y no devolvía ni lo uno ni lo otro.

“Vinieron de Matamoros oficiales sin tropa, que se hacían cargo de esta pobre gente y comenzaban con ella á formar cuerpos; á otros infelices los mandaba Herrán en cuerda para Matamoros, adonde levantaban también tropa de la misma manera.

“Entretanto, no descansaba Herrán de proporcionarse recursos; hasta á los indios carboneros de los pueblos del monte del Popocatepetl los puso á contribución, obligándolos á traer carbón de fragua, y muchos de estos pobres indios no sólo perdieron su carbón, sino también su libertad, pues los encerraron en los cuarteles haciéndolos reclutas.

“Ocupaban constantemente á herreros y carpinteros en componer armas, y cuando por orden de Herrán se extrajeron de las fábricas unos tercios de mantas, hasta las pobres mujeres y los sastres pagaron su contingente, haciendo camisas y calzoncillos.

“Esta calamidad pesó sobre Atlixco hasta el día 4 de Mayo que descansó por día y medio, gracias á la venida del General O’Horán, que obligó á retirarse esa plaga rumbo á Matamoros.

“En la mañana del día 4 de Mayo, se advirtió alarma y disposiciones de marcha entre Herrán y su tropa; y efectivamente, entre una y dos de la tarde salió con su gente por el camino de Matamoros, dejando en el de Puebla, cubriéndole la retaguardia, la mejor fracción de su fuerza, la única que tenía de “pleito,” como decían ellos; esa fracción constaba de sesenta hombres mandados por un coronel, Doroteo Vera, y un capitán célebre por valiente, llamado Macario Silva, procedentes de la Sierra y pertenecientes á Mejía, quien la prestó al General Márquez, según ellos decían, en situación muy apurada. A cosa de las dos y media de la tarde, pasó Macario Silva con su guerrilla á escape por las calles de la población, y casi revueltos con ellos algunos soldados de la vanguardia del Ge-

neral O'Horán, que los siguieron hasta la garita de Matamoros, adonde se detuvieron dejando seguir en paz á Silva y su guerrilla. Si el General O'Horán hubiera continuado sobre la marcha, hubiera alcanzado á Herrán á una legua de la población, y lo hubiera derrotado de seguro, pues no tenía Herrán más fuerza de combate que los sesenta hombres que cubrían su retaguardia; todo lo demás era gente forzada, acabada de tomar de leva.

“El General O'Horán vino mandando una brigada compuesta de las tres armas, toda en muy buen estado; pernoctó aquí, y al día siguiente, 5 de Mayo, muy entrado el día, salió de regreso para Puebla.

“A las cinco de la tarde del mismo día 5, entró una avanzada por el camino de Matamoros, de observación, perteneciente á Herrán, mandada por un español que se llamaba Campos; atravesó la población tomando el camino de Puebla, y se fué á situar al puente del río de los Molinos.

“En la mañana del día 6 volvió Domingo Herrán con su gente; estableció de nuevo sus cuarteles; tomó posesión de su alojamiento, y volvió á practicar su saqueo de recursos y reclutamiento de hombres como antes. En la tarde del mismo día 6 vino la noticia del rechazo que sufrieron los franceses en el cerro de Guadalupe; noticia que Herrán puso en duda, hasta que se lo aseguraron personas caracterizadas que vinieron de Puebla.

“Continuó Herrán en su tarea de opresión hasta el día 14 de Mayo que vino D. Leonardo Márquez, escapado de Matamoros y acompañado de cuatro ó cinco hombres solamente.

“Eran las cuatro y media de la tarde; caía una granizada copiosísima, acompañada de truenos y descargas eléctricas. En medio de ese aguacero se presentó el General Márquez en una calle principal, encontrándose con un antiguo amigo suyo¹ en la misma calle y parado en la puerta de una tienda; se dirigió á ese amigo, y con inquieta agitación que mal disimulaba, le preguntó por algún oficial adicto á su persona; el amigo le nombró al coronel Salas, que había sido del antiguo uno de caballería; hizo Márquez llamar á ese Coronel, y le ordenó que con los más hombres útiles de que pudiera disponer,

¹ El Coronel Luque.

se fuera inmediatamente de observación á situarse al puente de la Trinidad, camino de Matamoros, por donde Márquez acababa de pasar; le ordenó además, que si veía venir fuerza de Matamoros la batiera en retirada y le avisara en el acto. Todo esto pasaba estando Márquez todavía á caballo, empapado por el aguacero y en la misma calle.

“Al entrar Márquez hasta esa calle había personalmente ordenado al paso, en todos los mesones y zaguanes convertidos en cuarteles, tocar botasilla en el acto; y había mandado á los cuatro ó cinco hombres que lo acompañaban, transmitir la misma orden á otros cuarteles situados en otras calles y en la plaza principal.

“Al oír D. Domingo Herrán ese ruido, salió muy enojado y azorado á la vez al balcón de su alojamiento preguntando quién mandaba tocar botasilla sin su orden, y le contestaron que el General Márquez que acababa de llegar. Casi al mismo tiempo y estando, puede decirse, puesta en movimiento toda la fuerza de Herrán, se apeaba Márquez de su caballo á la puerta de la casa; subió á la habitación de Herrán; habló á solas con él por una media hora y de allí salieron juntos á montar á caballo; dieron la orden de marcha, y ya obscureciéndose la tarde, pues serían las seis y media, salieron para el camino de Puebla, casi galopando todos los cuerpos de tropa, en cierto desorden, vitoreando cada fracción ó cuerpo lo que le parecía: unos á Márquez, otros á Mejía, y algunos á Juárez. Caminaron un pequeño tramo del camino de Puebla, y tomaron á la derecha ú Oriente, pasando por el rancho de San José Acatocha, camino de la hacienda del Portezuelo, que los dirigía por camino extraviado rumbo á Orizaba.

“Así se determinó en esta ciudad la unión de los reaccionarios con el ejército invasor francés.

“Márquez fué el autor de tal determinación: tal vez por haber descubierto esa tendencia, estaba de hecho como dado de baja entre sus compañeros reaccionarios; no ejercía mando alguno; no tenía voz en los acontecimientos; estaba vigilado, y tanto que Domingo Herrán abría la correspondencia que traían para Márquez, correos disfrazados que él interceptaba, y cambiando de sobres á dicha correspondencia la despachaba á Cobos.

“Cobos mandaba como absoluto entre los reaccionarios; él dirigía

todo encubriéndose con el nombre de Zuloaga; él intervenía directamente en cierta correspondencia, que por esos días se seguía entre el Ministro D. Manuel Doblado y los reaccionarios.

“Domingo Herrán, de carácter débil, se dejó sorprender y dominar por Márquez, a quien sólo bastaron unos cuantos minutos para destruir su adhesión y fidelidad hacia Cobos, y para determinarle á seguirle en su fuga.

“La reacción ocupaba una línea desde Atlixco á Matamoros y Chietla. Matamoros era el centro de sus operaciones, allí estaban Cobos y Zuloaga con otros muchos oficiales.

“A la media noche del día 19 de Mayo, les llegó á Matamoros la noticia de haberse escapado Márquez llevándose á Herrán y toda su fuerza. Cobos se burló de la noticia diciendo que Márquez estaría preso en poder de Herrán; no obstante, por instancia de algunos otros enviaron correos á Atlixco que regresaron á Matamoros á las once ó doce del día siguiente confirmando la noticia. Este suceso los desconcertó completamente; dispusieron irse en el acto á Chietla adonde tenían más fuerza, y se pusieron en marcha para aquel punto; á medio camino se encontraron con la fuerza que iban á buscar ya en marcha; extrañando Cobos á los oficiales que mandaban la fuerza por ese movimiento sin su orden, le contestaron que lo desconocían; que reconocían á Márquez como su jefe y á sus órdenes marchaban. La situación de Cobos, Zuloaga y demás oficiales fué demasiado crítica en esos momentos, y no les quedó otra cosa que hacer, que seguir á esa misma fuerza que los desconocía para no quedar expuestos á caer en poder del Gobierno.

“Así se explica por qué, después que llegaron á Orizaba, Almonte despachó á Veracruz á Zuloaga, Cobos y otros, y los hizo embarcar.”¹

La lectura de la relación que antecede disipa las sombras y aclara la cuestión.

Márquez, *alzado* con las fuerzas reaccionarias expresadas, llegó á Tecamalucan, solo, y habló con Laurencez, á quien pidió permiso para pasar á Orizaba á conferenciar con Almonte.

¹ Recuerdos escritos en Atlixco por Lorenzo Ramírez, testigo presencial de aquellos acontecimientos, y dedicados al Sr. D. Miguel Galindo y Galindo, redactor del “Periódico Oficial” del Estado de Puebla.

El 18 de Mayo se puso en marcha para dicha ciudad el General francés, y en el Ingenio se detuvo para instalar allí al 99º batallón de Línea; un poco después llegó Márquez, y le notició que había recibido avisos veraces de que su tropa, compuesta de 2,500 hombres de caballería, iba á ser atacada por fuerzas del ejército mexicano, á fin de impedir que se uniera á los franceses; pero que en la duda, marchaba personalmente para cerciorarse de la verdad.

Laurencez dió orden al coronel L’Heriller, de que en caso necesario diese auxilio á Márquez, cuyas noticias que había recibido eran exactas, pues desde por la mañana el General Tapia se hallaba en observación con 500 caballos, y habiendo recibido un refuerzo de 1,500 hombres, atacó con brío, á las tres de la tarde, en el punto llamado “Barranca Seca,” á la fuerza traidora, la cual, estando ya casi derrotada, por haber sido cortada una buena parte de ella, recibió como refuerzo al Comandante Lefevre, quien habiendo atravesado velozmente los 14 kilómetros que lo separaban del teatro del combate, con un batallón de 500 franceses, se presentó de improviso y salvó á Márquez de un desastre seguro, pues Tapia tuvo que retirarse, dejando en poder del enemigo, según afirmación de Laurencez, 1,200 prisioneros, cerca de 100 muertos y el doble de heridos.

Este combate vino á despejar la incógnita, y á poner las cosas en su verdadero punto de vista, pues desde este momento, la *intervención* contaba con los jefes reaccionarios, y muy especialmente con el odioso Márquez, quien, llevando manchadas sus manos con la sangre de Ocampo, y con la de las víctimas de Tacubaya, llegaba á engrosar las filas de los invasores, prestándoles su *valioso contingente*, no obstante el desprecio con que eran vistos los auxiliares de la traición, pues según refiere Cobos, en su estancia en Orizaba fueron á verlo muchos de los jefes que se llevó Márquez, y éstos le aseguraron “que habían sido sorprendidos; que habían sufrido muchas bajas, y que los habían sometido á una miseria peor que la que sufrieron en los días más aciagos de la reacción.”

El contraste era muy notable, pues mientras los soldados franceses nadaban en la abundancia, los traidores y sus auxiliares se veían reducidos al desprecio y á la miseria más espantosa.

Y era natural esa conducta de los invasores para con los individuos que hollando las leyes más sagradas y abdicando de su honor

y dignidad, cualidades tan apreciables en todo hombre culto y civilizado, no tenían inconveniente en militar en las filas extranjeras, recibiendo horrendas humillaciones á cambio de la deshonra, del vilipendio, y lo que es todavía peor, de la libertad y la independencia de la Patria.....

¡Castigo merecido de los que, olvidando sus deberes, hacían causa común con los enemigos de su patria!



CAPITULO XVIII.

La victoria del 5 de Mayo.—Su importancia.—La farsa de Gobierno organizado por Almonte.—Ambición desacertada de éste.—Protestas de varias autoridades y Corporaciones en contra de la Intervención.—Idem del Cabildo de Guadalajara.—Situación del país, descrita con imparcialidad y acierto por el notable escritor Pérez Calvo.—Decretos de Almonte sobre emisión de papel moneda y castigo á los ciudadanos que se rehusaran á servir puestos en la administración de aquél.—Escándalo y excitación que esto causó.—Suplantación de firmas en la llamada elección de Almonte para Jefe Supremo de la Nación.—Documentos que lo acreditan.—Clausura del Congreso.—Discurso del Presidente, invitando á todos los partidos á tomar participación en las elecciones que iban á verificarse.—La prensa liberal invita al partido conservador á entrar de lleno en la lucha electoral.—Manifiesto del Congreso de la Unión.—Diversos hechos de armas.—División del antiguo Estado de México.—Rehabilitación de Comonfort por el Presidente de la República.—Nueva organización del ejército de Oriente.—Movimiento sobre Orizaba.—Propuesta que hizo Zaragoza al General Laurencez.—Contestación de éste.—Ataque en los alrededores de Orizaba y desastre del Cerro del Borrego.

La victoria obtenida sobre las huestes napoleónicas el inolvidable 5 de Mayo, arrancó un grito de admiración y entusiasmo en toda la República, cuyos buenos hijos vieron humillado y corrido á ese ejército francés reputado como el primero del Mundo.

“Está echada nuestra suerte, decía Bruto á Casio antes de la batalla de Filipos, y no tenemos que correr peligro ninguno: si venzo, agregaba, habré dado la libertad á mi patria; si soy vencido, sabré libertarme de la esclavitud con mi muerte.”

A semejanza del caudillo romano, la Nación había echado la suerte, pero ésta debía ser en último término el triunfo de la justicia,